

Notas y comentarios

Poesía de Jaime Quezada:

Una Pedrada al Remanso...

Por Floridor Pérez

No es nada frecuente en nuestro medio que un poeta vea publicado el borrador de sus obras completas a sólo diez años de iniciada su labor. El milagro ocurre con ASTROLABIO, de Jaime Quezada, *Nacimiento*, 1976, y merece atención.

Encabezados por textos testimoniales del autor en revistas americanas, que le dan carácter a la obra, aparecen sus dos libros publicados y varios que mantenía inéditos.

Presentados por orden cronológico, los poemas atestiguan una evolución que no nos parece lineal, como es lo frecuente, sino más bien circular. Como la piedra lanzada al lago, la palabra describe círculos de significación, que van ampliando su ámbito, como las ondas en el agua.

Si el lector acepta este esquema lacustre, tal vez logremos sumergirnos en esta poesía, sin temor de ahogarlo en términos de análisis libresco, tan a disgusto del poeta estudiado.

En el centro —primer círculo; blanco en que acierta la palabra poética— está siempre el hablante lírico. Raras veces superficial; algunas, en lo más hondo; las más, entre dos aguas.

En los POEMAS DE LAS COSAS OLVIDADAS (1965) el impacto parece aún muy cercano: las palabras giran dentro de la situación poética y se resuelven cerrando el círculo, sin trascenderlo:

"En esa época nos transformábamos en gorriones y no maduraban las grosellas ni las cerezas".

Lo que afirmamos se vislumbra mejor, por contraste, si nos saltamos al tercer círculo: A LA PATA COJA (1970). Ya en el primero de estos Poemas que me habría gustado escribir cuando estaba en la Escuela Primaria, el lenguaje se deja penetrar de un elemento ajeno, que rompe el círculo, o lo amplía:

"Mi abuela se pone los anteojos y no se reconoce

en esta fotografía tomada el verano pasado".

En este caso es el tiempo, pero un tiempo agresivo: el que mata. Otras veces es el amor: un amor ajeno, humillante: "Dejo imposible mi camisa marinera / y el novio de mi hermana / me pasa su pañuelo manchado de rouge". O en los días que debieron ser felices, es el aguafiestas, como "esta mosca en la taza de mi chocolate", de la primera comunión...

En el primer círculo se asiste a la fundación de un mundo. En este tercero, ocurre la invasión hostil al yo.

Entre ambos, hay un segundo estadio: LAS PALABRAS DEL FABULADOR (1968) en lo que lo material objetivo ha perdido bastante importancia frente a la acción, el suceder. Apenas se hallará media docena de poemas que no empiecen por una forma verbal explícita o encubierta... El carácter de las acciones implicadas en tales verbos suele ser claramente normativo: "me imponen principios"... "me hicieron aprender"... "o abiertamente judiciales: "no matar"... "libros prohibidos" y títulos como "La tentación", "La Conducta", "La Adúltera". Se diría que el mundo fundado, dotado ahora de abundante legislación a lo humano y a lo divino, debería funcionar a perfección. Pero no

es así. Las leyes, "Las primeras tablas", y las siguientes, lejos de ordenar la vida, la frustran.

Respecto de esta poesía se ha hablado muchas veces de un **Paraíso perdido**. No hay tal. Eso que suele presentarse como un tópico lírico, es más bien un tópico crítico: si hay un paraíso, no es **perdido**, es **vedado**. La infancia no es un tiempo, es un espacio. Una realidad que no deja de ser presente. Por eso, aún en los poemas de las cosas olvidadas, las formas verbales pretéritas casi no existen. De ahí que el lenguaje no se resuelva en nostalgia del pasado, sino en fábula de lo permanente.

Y como no hay actitud de regreso, tampoco hay reiteraciones temáticas. Lo que así pudo parecer en una primera lectura, corresponde a nuevos círculos de significación. Así, SOLENTINAME (1972), está, por sus motivos líricos, tan cerca del primer libro como HISTORIA DE FAMILIA (1973), lo está del segundo. En ambos están las cosas familiares, y un modo de vida; pero el viviente es otro! Viene de vuelta de muchas experiencias. Por eso aparecen las formas pretéritas: fundó, nació; marcaban, me levantaba; tenían, dejó... y podríamos seguir anotándolas, poema a poema.

Un caso aparte, especie de intermedio, retiro espiritual, búsquedas y desencuentros con el lenguaje, nos parecen los POEMAS FECHADOS (67-74). Con naturalidad el autor ha contado, en sus notas testimoniales, las lecturas que le influyeron en determinado momento, y aquí podrían señalarse otras, de posible proyección futura. Es el caso de Carlos Germán Belli, tan distante de Jaime, cuyo afán de experimentación lingüística creemos visualizar en sus "temas de Composición".

Los poemas finales, de 1975, parecen importantes no sólo porque dan título a la obra, sino porque al no tener parangón temático ni estilístico en los anteriores, nos muestran al autor en



el círculo más vasto de su creación: rompiéndolos. Esto es, saltándose de órbita. Disparándose de su mundo poético al universo de la poesía.

La magnífica edición que Nacimiento hace de este borrador de sus obras completas, resulta vehículo adecuado para tan grato lanzamiento.

Combarbalá, octubre de 1976.